

17.º domingo ordinario C

***Pedid y se os dará, buscad y hallaréis,
llamad y se os abrirá;
vuestro Padre celestial dará el Espíritu Santo
a los que se lo piden. (cf. Lc 11,9.13)***



Primera lectura

Génesis 18,20-32

En aquellos días, el Señor dijo: – La acusación contra Sodoma y Gomorra es fuerte y su pecado es grave; voy a bajar, a ver si realmente sus acciones responden a la acusación; y si no, lo sabré. Los hombres se volvieron y se dirigieron a Sodoma, mientras el Señor seguía en compañía de Abrahán. Entonces Abrahán se acercó y dijo a Dios: – ¿Es que vas a destruir al inocente con el culpable? Si hay cincuenta inocentes en la ciudad, ¿los destruirás y no perdonarás al lugar por los cincuenta inocentes que hay en él? ¡Lejos de ti tal cosa!, matar al inocente con el culpable, de modo que la suerte del inocente sea como la del culpable; ¡lejos de ti! El juez de todo el mundo, ¿no hará justicia?

El Señor contestó: – Si encuentro en la ciudad de Sodoma cincuenta inocentes, perdonaré a toda la ciudad en atención a ellos.

Abrahán respondió: – Me he atrevido a hablar a mi Señor, yo que soy polvo y ceniza. Si faltan cinco para el número de cincuenta inocentes, ¿destruirás, por cinco, toda la ciudad?

Respondió el Señor: – No la destruiré, si es que encuentro allí cuarenta y cinco.

Abrahán insistió: – Quizá no se encuentren más que cuarenta. – En atención a los cuarenta, no lo haré.

Abrahán siguió hablando: – Que no se enfade mi Señor si sigo hablando. ¿Y si se encuentran treinta? – No lo haré, si encuentro allí treinta.

Insistió Abrahán: – Me he atrevido a hablar a mi Señor; ¿y si se encuentran veinte?

Respondió el Señor: – En atención a los veinte no la destruiré.

Abrahán continuó: – Que no se enfade mi Señor si hablo una vez más. ¿Y si se encuentran diez?

Contestó el Señor: – En atención a los diez no la destruiré.

Segunda lectura

Colosenses 2,12-14

Hermanos y hermanas: Por el bautismo fuisteis sepultados con Cristo y habéis resucitado con él, porque habéis creído en la fuerza de Dios que lo resucitó. Estabais muertos por vuestros pecados, porque no estabais circuncidados; pero Dios os dio vida en Cristo, perdonándoos todos los pecados. Borró el protocolo que nos condenaba con sus cláusulas y era contrario a nosotros; lo quitó de en medio, clavándolo en la cruz.

Una vez que estaba Jesús orando en cierto lugar, cuando terminó, uno de sus discípulos le dijo: – Señor, enséñanos a orar, como Juan enseñó a sus discípulos.

El les dijo: – Cuando oréis, decid: "Padre, santificado sea tu nombre, venga tu reino, danos cada día nuestro pan del mañana, perdónanos nuestros pecados, porque también nosotros perdonamos a todo el que nos debe algo, y no nos dejes caer en la tentación".

Y les dijo: – Si alguno de vosotros tiene un amigo y viene durante la media noche para decirle: "Amigo, préstame tres panes, pues uno de mis amigos ha venido de viaje y no tengo nada que ofrecerle". Y, desde dentro, el otro le responde: "No me molestes; la puerta está cerrada; mis niños y yo estamos acostados; no puedo levantarme para dártelos".

Si el otro insiste llamando, yo os digo que, si no se levanta y se los da por ser amigo suyo, al menos por la importunidad se levantará y le dará cuanto necesite.

Pues así os digo a vosotros: Pedid y se os dará, buscad y hallaréis, llamad y se os abrirá; porque quien pide recibe, quien busca halla y al que llama se le abre. ¿Qué padre entre vosotros, cuando el hijo le pide pan, le dará una piedra? ¿O si le pide un pez, le dará una serpiente? ¿O si le pide un huevo, le dará un escorpión? Si vosotros, pues, que sois malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre celestial dará el Espíritu Santo a los que se lo piden?

Meditación

La fórmula de oración que Lucas nos transmite es concisa y refleja con verosimilitud el lenguaje de Jesús. Su tema es siempre el mismo: la abertura del hombre ante el misterio del Dios que se revela. Las dos primeras peticiones constituyen algo así como el trasfondo o base general de todo el resto; ambas coinciden en el hecho de implorar la manifestación de Dios sobre la historia. Dios revela la santidad de su nombre precisamente en la venida de su reino. También, las dos peticiones siguientes forman un paralelo; la primera se formula positivamente (implora desde ahora el pan del reino); la segunda, de manera negativa (pide que la llegada del reino se traduzca en el perdón). Estas peticiones son necesarias, porque la vida del hombre está apoyada sobre el borde de la tentación; por eso hay que suplicar a Dios que nos mantenga firmes en el centro del peligro que se cierne.

En todos estos rasgos, la vieja oración de Jesús y de la iglesia se ha venido a mostrar como plegaria escatológica. Es la súplica del hombre que se descubre abierto ante el misterio del reino y que confía totalmente en su presencia (o fuerza salvadora). Para entender plenamente su hondura es preciso que nos fijemos todavía en dos palabras. En primer lugar, el reino ha dejado de ser una especie de fatalidad que nos rodea y se ha venido a convertir en don de amor; por eso, toda la oración se ha dirigido, de manera personal, al Padre. El reino es el regalo de amor y de confianza que ese Padre nos ofrece. En segundo lugar, la llegada del reino como perdón viene a estar condicionada por el don del perdón interhumano. Eso nos descubre que el regalo del Padre suscita en nuestro mundo un ambiente de regalo. Allí donde el perdón de Dios no se traduce en un perdón interhumano, la oración de Jesús resulta mentirosa.

En toda esta oración descubrimos que amor de Dios implica saber que Dios nos ama; por eso es necesario mantenernos a la espera. Con ejemplos sacados del fondo real de un amigo que llama o del hijo que pide nos muestra san Lucas la forma en que debemos confiar en Dios. Nuestra existencia no está acabada todavía; somos incompletos. Por eso, porque somos pobres, tenemos que pedirle a Dios la hondura de la vida, el reino.

La enseñanza sobre la oración termina con unas palabras que son paradójicamente decisivas: "Vuestro Padre celestial dará el Espíritu a los que se lo piden" (11,13). Dentro del contexto se supone que a Dios podemos pedirle lo que queramos. Si nuestra oración ha sido verdadera, recibiremos siempre el mismo gran regalo: el Espíritu.

Oración significaba estar abiertos al amor del Padre. Estar abiertos con Jesús, que ha confiado en la palabra de su Padre y vive inmerso en la exigencia (en la venida) de su reino. Desde aquí descubrimos que toda la oración cristiana consiste en un volverse transparentes ante el don de Dios que llega. Por eso, siempre que pedimos algo de verdad, estamos anhelando la venida de Dios hacia nosotros. Si la oración ha sido verdadera, recibimos el Espíritu (la fuerza del reino de Dios entre nosotros).